

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1. y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Administracion y Redaccion, Huertas 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

Ahora empiezo yo á creer que se aproximan las soluciones; veo, en efecto, que los hombres políticos de cierta talla, y aun los de talla incierta, toman su posicion estratégica para la lucha que se prepara, y este apresuramiento para coger sitio, indicio claro es de que algo han visto ó algo saben.

Yo bien sé que pueden equivocarse, comprendo que necesariamente algunos han de haber visto mal; pero que esas mismas equivocaciones, esos errores mismos más y más me convencen de que algo ocurre, de que acontecimientos graves se esperan, y en aquellas ocurrencias y en estas esperanzas tienen su origen, sin duda, los cambios de frente, las idas y venidas de muchos personajes, desde el demócrata Manuel Becerra, que se pasa á la union, hasta el violento Rios Rosas, que se coloca de un salto en la democracia.

Hay quien sospecha que estos dos diputados y ex-ministros han de haber tropezado en el camino: allá por los años 1854, y posteriormente en 1856, militaban estos señores en opuestos y muy distantes campos: ni aun con la vista se alcanzaban.

Después de la revolucion, Rios y Rosas dió unos pasos adelante, Becerra dió muchos pasos hácia atrás, y sin sentir encontráronse más próximos el uno al otro. El impulso recibido era difícil de contener; una voz secreta decia á Rios y Rosas: *adelanta*; otra secreta voz decia á Becerra: *retrocede*; y caminando así por la misma senda, aunque en opuesta direccion, se encuentra hoy cada uno en el lugar que ocupaba cada otro; ¿quién sabe si permanecerán así mucho tiempo? De presumir es que no; pero dure esto lo que durare, es ya un hecho consumado que el autor del *Acta adicional* es más demócrata que el ciudadano Manuel Becerra, republicano recientemente convertido en patrocinador de la *democrática* candidatura del duque de Montpensier.

Porque esas tenemos: ahora que nadie habla sin reirse de ese célebre candidato que ha conseguido anular la justa y merecida importancia de sus dignos émulos Angel I y Pablo Mac-dal-bourg, ahora es cuando Manuel Becerra ha caido en la cuenta de que Antonio de Borbon es un rey que ni hecho de encargo podriamos hallarle mejor.

Yo digo la verdad, esta ocurrencia última de Becerra me ha desorientado por completo: que Sagasta acabaria por ser montpensierista, lo sospechaba yo hace mucho tiempo, y echábanse de ver sus aficiones en la mayor parte de sus biliosos arranques parlamentarios; de suerte que cuando han llegado á mi noticia las acaloradas defensas que hace de don Antonio de Borbon el ministro de Estado, ni me han sorprendido, ni siquiera me han disgustado, porque al fin para lo que se espera siempre se previene el hombre.

Lo de Becerra es ya distinto; ni sus condiciones ni su carácter son las más á propósito para el desairado papel de palaciego, ni los principios por él

sustentados, ni su anterior conducta, daban motivos para esperar esta determinacion de última hora. Entiéndase bien que aunque la cosa me extraña no me apena, no en verdad, porque para casos como el presente ú otros análogos tengo yo el recuerdo de la conocida frase de un hombre célebre, frase que, modificada para su aplicacion al caso presente, podria decirse así: «Becerra es partidario de Montpensier; bien, ¿y qué? Un montpensierista más y algunas probabilidades menos?»

¿Pero qué mucho que Becerra se haga montpensierista, cuando Cánovas y algun jóven que no quiero nombrar porque aprecio sus buenas prendas, se han declarado *alfonsistas*? no, y si he de ser franco, diré que esto mismo, con toda la enormidad de su ridiculez, todavía me ha sorprendido menos que lo de Becerra.

Toma: que Cánovas era alfonsista, ya lo sabiamos todos: él, él era el único que no lo habia echado de ver; y digo esto, porque recuerdo que no hace muchos meses declaró *solemnemente* que no levantaria bandera, y como, en efecto, anteayer levantó la de D. Alfonso con toda *solemnidad*, debo presumir que una de las dos veces habia olvidado lo que pensaba.

Y como, por otra parte, el jóven aprovechado no es capaz de hacer las cosas á medias, no se limitó á levantar la bandera alfonsista en el Congreso, sino que ante las Cortes revolucionarias se declaró enemigo de la revolucion y de cuanto la revolucion ha hecho.

Los jóvenes que no son aprovechados verán en esto alguna contradiccion, porque segun la lógica antigua y la que todavía se usa entre gentes vulgares y de poco provecho, cuando una revolucion se rechaza deben rechazarse igualmente sus consecuencias; pero eso que parece tan natural ó tan sencillo á los hombres adocenados, cuyos espíritus nunca se elevan á las etéreas regiones de la verdadera sabiduría, no es sino supina ignorancia, que los jóvenes de superiores prendas desdeñan y compadecen.

En virtud de esta consideracion, que yo no entiendo, si bien me guardaré muy mucho de confesarlo, el Sr. Cánovas ha comprendido que puede pertenecer á una Asamblea revolucionaria condenando la revolucion, que puede representar al país que ha arrojado á una dinastía siendo partidario de esa dinastía.

Cuestiones son estas de propia delicadeza y de conciencia íntima, que allá el Sr. Cánovas arreglará, ó habrá ya arreglado consigo mismo y con sus electores.

Cierto que las circunstancias de lugar y tiempo no nos permiten saber á estas horas lo que ocurrirá en la reunion del Senado; reunion provocada por el general Izquierdo, siendo *anente* el conde de Reus. Como en ella no se ha de hablar de otra cosa que del duque de Montpensier, claro es que la sesion nada tendrá de interesante, bien que será curiosa por reunirse en el Senado *los pocos* partidarios con que, en

tre nosotros, cuenta D. Antonio: porque, eso sí, allí estarán todos. Ellos son pocos, pero bien avenidos, y cuando se proponen parecer muchos, hacen más ruido que media docena de palmoteadores de aficion.

Tanto más, cuanto que ahora tiene justa causa su alborozo: es cierto que el voto particular de Rojo Arias les tiene un poco preocupados, pero ¿cómo no ha de celebrarse con palmadas la iniciacion en los sagrados misterios del unionismo de los profanos Becerra y Cardaño?

Y vengan ahora penas, y vengan manifestaciones, y venga lo que venir quiera.

¿Qué significa una manifestacioncilla de mala muerte, y en que apenas irian *dos mil* personas, segun un curioso—¡desocupado estaria!—que se entretuvo en contarlas?

Para el domingo se anuncia una manifestacion anti-montpensierista: ¡qué locura! ¿A qué no va nadie? ¿A que no llegan á tres docenas los manifestantes?

Es claro, como que apenas si llegan á ese número los que no aceptan el nombramiento de Montpensier.

Y á mayor abundamiento—porque siempre es bueno pensar en todo—á mayor abundamiento, ya procurarán los amigos esparcir rumores alarmantes para que las gentes se retraigan.

Las precauciones nunca están demas; y si puede conseguirse que la manifestacion se reduzca más y que solo vayan en ella diez ó doce desalmados, de esos infelices que no han crecido ni se han educado en el santo temor de Dios, y que propalan por ahí con descaro horrible su poca aficion á las testas coronadas, entonces se habrá conseguido un triunfo que D. Antonio ha de agradecer cumplidamente.

De todos modos, y sean pocos ó muchos los manifestantes, yo, que hace dos años combato su candidatura en la prensa, ¿cómo he de renunciar al placer de protestar contra ella en las calles?

Iré: algo hay de bello en la variedad, y esto, después de todo, no será otra cosa que cambiar de forma. Ojalá que con este cambio baste.

A Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

LXIII.

¡Yo lo escucho con un placer!... Con un placer demagógico.

Estragadillo tiene ya uno el paladar y apenas percibe la rosada suavidad del néctar monárquico; pero cuando el Sr. D. Gabriel Rodriguez hace notar que relativamente es más liberal que el Sr. Rojo Arias, porque él deja revuelta la institucion del rey con las demás instituciones; cuando el Sr. Rios y Rosas protesta enojado de que no fué ninguna clase de la sociedad española, sino el rey, quien apeló á la ruin

bajeza de apelar una intervencion extranjera, todavía, todavía siento placer, como el que siente el bebedor gastado con un trago de bala rasa.

Lo de si el voto particular se habia convertido en enmienda; lo de si una vez tomado en consideracion, aun debia discutirse el dictamen con los artículos seis y siete, malheridos por el voto, ó si debia discutirse sin ellos, ya no me agradó tanto; pero, en fin, como el tumultuario desorden no habia sido promovido por ninguna atrocidad federal, ni al federalismo podia echarse la culpa del alboroto, confieso que no me supo del todo mal.

Los monárquicos se lo hacen todo: ellos garantizan el orden, ellos le dan de cachiporrazos, y uno lo ve, y pasa el rato.

El sábado se vieron eclipsados los atractivos del voto particular, y aun sucedió otra cosa: el Sr. Ochoa dicen que habló, y habló brevemente.

La Cámara hizo el pecado y la Cámara lo pagó. El sábado no se divirtió ni se encandiló nadie.

La monarquía pasó seis horas condenada al silencio, como si fuera una blasfemia y no la institucion salvadora de los más sagrados intereses.

Gracias que el Sr. Vinader roció la sesion con un poco de salsa de presbíteros; si no, acabamos todos roncando.

En cambio de la insipidez del sábado pudimos saborear manjares escogidos. Aquella declaracion del Sr. Cánovas tan preparada...

Hombre... Yo he oido decir en tiempo de doña Isabel II: «soy republicano;» pero lo he oido decir, así, de golpe, de sopetón, sin avisar, sin rodeos ni circunloquios; sabiendo que tras de aquella declaracion habia seguro un consejo de guerra, y más segura todavía la cárcel para hoy y el Fernando Pío para mañana.

Y el Sr. Cánovas del Castillo habria dado mucho más gusto á los señores. Al fin y al cabo, desde el momento en que el Sr. Cánovas anunció que iba á decir una cosa, ya perdió todo su encanto todo lo que iba á decir.

El, sin embargo, daba un rodeito y se pasaban minutos y volvía á reforzar su barricada oratoria, para repetir:

—Y ahora voy á decir con toda lealtad...

¡Y no lo decía!

Y lo peor es que diputados y público pensaban: ¿si ese hombre no dice que es alfonsino, qué diablos va á decir?

Y el Sr. Cánovas, desviándose suavemente de su propósito, daba de camino un papirotazo á los derechos individuales, una castaña á las libertades, echaba la zancadilla al porvenir y repetía:

—Lo que es ahora voy á decir aquello.

Y en seguida decía el por qué iba á decirlo, y de paso se entretenía en tirar peladillas á todos los chirimbolos revolucionarios.

Al fin lo dijo.

Y confesó que habia sido criado suyo y de su madre.

A lo ménos, de todo lo que el Sr. Cánovas dijo sacamos en limpio que cuando era ministro, y creiamos que estaba sirviendo al país, el buen señor estaba ajustado en la servidumbre de Palacio.

Es verdad que, bien mirado, no pareció muy política la declaracion del Sr. Cánovas; porque despues de declarar que él estaba por el príncipe de Asturias, dijo que esto no significaba en él sino la expresion de sus afectos personales.

Figúrense Vds. si cada diputado fuera á coronar sus discursos con el índice de sus afectos personales, seria cosa de terminar siempre con un ¡Viva Pepal! ¡Viva Juana! ¡Viva Inés!

Y seria muy bien atacar un proyecto de ferro-carriles, y no terminar sin este párrafo: «Espero que, por todo lo expuesto, la Cámara se sirva desechar el dictamen de la comision, tanto más, cuanto que las simpatías de mi corazón son para el niño de D. Pablo el médico.»

Pero no sucede así.

El Sr. Rios y Rosas y el Sr. Rivero declararon que el Sr. Cánovas no habia impugnado el proyecto.

¡Pero si demasiado lo sabiamos!

Sabiamos, sin embargo, que en las masas de la union corrian vientos liberalescos; pero bueno fué oírlo.

Hay cosas que, como el gran coro de *Los Hugonotes*, gustan siempre. A mí los impulsos liberales de la union, cuando va de capa caída, me serán siempre gratos.

No me gusta oírles hablar de nada en el poder; pero en la oposicion, todo lo que dicen de libertad... me agrada.

Así como en Madrid, y bien abrigado, me gusta figurarme un paisaje de Suiza bien helado...

Yo me acerco á la lumbre, y gozo.

Roberto Robert.

EL MAMARRACHO.

Desengañémonos.

Si su real majestad no acude pronto á redimirnos de la tiranía del desorden... ¡sabe Dios lo que será de nosotros!

Porque, preciso es confesarlo; una vez confeccionadas las leyes orgánicas, el pueblo no está todavía suficientemente adelantado para que los legisladores, sus representantes, cuando el poder ejecutivo, cuando el encargado de hacerlas cumplir, lo verifique mal, muy mal, rematadamente mal, conforme ha sido uso y costumbre, le exijan la responsabilidad de su tibieza ó de su abuso.

Eso, como mis lectores comprenderán, seria desordenado.

Lo razonable, lo que reclama el orden, lo que iluminará las inteligencias oscuras del pueblo, es que el poder ejecutivo, que es quien debe velar por el minucioso cumplimiento de las leyes, tenga efectivamente tan elevada mision, *solo que*, si no quiere llenarla bien, y, por el contrario, esquilma la nacion y la compromete en querellas con otras naciones sus hermanas, por cuestiones de orgullo de su régia casta, y hace otra porcion de atrocidades por el estilo, nadie puede exigirle responsabilidad por ellas, sino que, considerándolo impecable, continúen todos besándole la mano, la misma delicada mano con que atrapa los millones que ganan sus amables súbditos regando la tierra con su frente; la misma dulce mano con que señala, v. g., á la nacion vecina, y dice: «¡Allí mis soldados! ¡Allí los hijos á dejar sin consuelo á sus infelices madres! ¡Allí los hermanos, á escaldar con el llanto de su ausencia las mejillas de sus pobres hermanas! ¡Allí los amantes, para que, al abandonarlas, no vuelva el carmin de la ventura á teñir las frescas mejillas de sus vírgenes prometidas! ¡Allí mis lebreles, á morir como buenos perros en defensa del patrimonio de su amor!»

Tal es el orden: que al encargado de hacer cumplir las leyes se le diga que procure, si así lo estima oportuno, cubrir las formas, pudiendo luego él, *en el fondo*, hacer cuanto le diere la gana.

Esa es la única manera de que entremos en orden. Eso es lo que reclama el atraso del pueblo español.

¡Que venga, que venga pronto su real majestad!

Claro es que, al imponerle á su real majestad tan enorme sacrificio, *como á caballo regalado no hay que mirarle el diente*, no debemos ocuparnos de que, para hacer cumplir las leyes, tenga afilado el cincel entendimiento, ni guardada una regular cosecha científica en el almacén memoria, ni derecha y firme voluntad.

Nada de eso, y... casi, casi, casi, seria un inconveniente tanto lujo en las potencias intelectuales.

Generalmente se ha visto que los reyes más *mañeros* han derramado el cuerno de la abundancia sobre los pueblos á que Dios se ha servido enviarlos.

Y se explica con facilidad.

Entre dos seres dañinos, daña ménos el ménos viciaracho.

Ahora bien.

Por mucho que hayamos escrito la frase *á caballo regalado no hay que mirarle el diente*, no es regular tampoco que dejemos sin pi...tanza á su real majestad.

Una cosa es que no le concedamos el derecho de ahorcar á quien se le antoje; ni el derecho de besar, cuando se lo pida el cuerpo, la frente pura de una jóven prometida antes que su esposo; ni el derecho de hacer presupuestos de contribucion y cobrarlos para su bolsillo particular; ni el derecho, en fin, de violar todos los idem morales y materiales de sus ca...balleros súbditos, y otra es que lo dotemos de un espléndido *material* y de un relumbrante *personal* y de una rentita decente, para que pueda sostener con holgura las dos expresadas cosas.

Palacios suntuosos, maravillosas posesiones de re-

creo y de provecho, un centenar de milloncitos al año para él y la familia, etc., etc., nada de eso debemos escatimarle á nuestro amado monarca (Q. D. G.); y decimos amado (Q. D. G.) porque nosotros los españoles tenemos la intuicion del amor monarcal: en diciendo monarca, ya lo estamos queriendo muchísimo, sin saber por qué, como no sea por los gratos recuerdos que nos han dejado los Felipes segundos, los Carlos segundos y los cuartos, los Fernandos séptimos y las Isabels segundas.

Además, y para su recreamiento, para que le halaguen los oídos con el perfume de la lisonja y lo acompañen á cazar, *buscándole las mejores piezas y poniéndoselas en disposicion de que no pueda errar el tiro*, le proporcionaremos unos cuantos señores, á propósito para el caso, bien sueltos de lenguas y desgonzados de cinturas, vestidos con bordados casacones y calzon corto, á fin de que, ya que no pueden otra cosa, luzcan sus flamantes pantorrillas.

¡Viva su real majestad!

¡Qué mamarracho!

¿A DÓNDE VAMOS?

Para el que ha recorrido á pié y á sus expensas el camino de la política, la interinidad es una especie de pozo colocado al pié de un copudo árbol, á cuya sombra es grato sentarse.

Los que en cómodo carruaje han ido de una á otra Constitucion, de uno á otro partido, y tambien de rey en rey, comprendo que nos hostiguen para que prosigamos el camino.

Dicen que es mortífera la sombra del árbol interinitario; ello podrá ser cierto; pero digamos de esa sombra lo que del café decía Voltaire: «en efecto, debe ser un veneno lento, porque hace sesenta años que lo tomo.»

Lo cierto es que con la interinidad no padecemos listacivilitis, ni se nos infarta la camarillótida, ni nuestro organismo moral decae con los efectos del tuteo, y estamos libres de aquel disgusto que causa, debajo de las monarquías, el saber que el patricio más eminente, una vez metido en palacio, se convierte en un simple criado de S. M.

Por otra parte, á los que viajamos sin coche por esa vida, nos duelen los piés de tanto ir y venir sin descanso; estamos derrengados, llagados; hace ya tiempo que no teniamos punto de reposo; déjennos aprovechar la ocasion.

Cierto que mientras estamos descansando nos entretenemos en dibujar en el suelo con el cuento del baston la caricatura de la monarquía y de sus candidatos; pero ¡qué diantre! dibujamos en la arena; el paso de los que nos siguen y tal vez un solo golpe de viento, borrará los testimonios efimeros de nuestra perdurable irreverencia.

A más de que, por ventura, ¿no pueden Vds. entregarse, no se entregan realmente á maldecir de la república y de la revolucion? Y Vds. dibujan mejor que nosotros y labran en materia más dura, de modo que sus obras viven más que las nuestras.

El lunes mismo el Sr. Cánovas del Castillo declaró su atrevido pensamiento contra todas las instituciones revolucionarias, y no lo pasó mal. Y cuando la mamá de D. Alfonso reinaba, una igual declaracion contra ella y su régimen solia costar muy cara.

Pero, en fin, sea como Vds. gusten. Yo, á la verdad, de buena gana me quedaria todo el verano debajo de ese árbol. Aquí levantaria una humilde choza y de frugales alimentos interinitarios me nutriria; mas ya que Vds. quieren ir á alguna parte, vamos enhorabuena, con tal que vayamos en paz.

Dicen Vds. que hay una especie de Jauja que se llama monarquía democrática, equidistante de la anarquía federal y del orden isabelino: vamos allá.

¿Quién guia? Cualquiera de Vds.: el regente, el primer ministro, un partido sensato, el que ustedes gusten; pero vamos.

¿Qué esperan Vds.? Ya deberiamos estar allá.

¿Quiéren Vds. que el cabo de gastadores, el que ha de ir delante infundiendo respeto con su gorra de pelo, sus barbas y su delantal de cuero, sea el duque de Montpensier? ¡Ya debería estar vestido! Vamos andando. Así como así, él nos servirá de intérprete, y nosotros á él.

¡Ah! ¿No quieren Vds.? ¿Prefieren al duque de la



MANIFESTACION ESPONTANEA DE LOS ADEPTOS.

Victoria? Pues andando: á Logroño á buscarle; tráigasele, vístasele, proclámesele y ¡marchen!

¿Tampoco les gusta eso?

Pues entonces vuelvo á sentarme.

¿Qué veo? Muchos de los que al principio les daban á Vds. prisa se han sentado tambien en el suelo y esperan gustosos recobrar así las fuerzas para el día en que el mal tiempo nos obligue á salir de aquí, si no nos resolvemos á establecernos en este valle, que empieza á ponerse ameno.

No murmuren, no refunfuñen, hablen claro, si hemos de entendernos.

El país está dispuesto á ir: ni siquiera le importa ya saber á dónde. Pero si cada grupo de Vds. tira del país por un lado, le van á descuartizar.

Los pobres conservadores se compraron, por consejos de Vds., el uniforme monárquico, y ya se lo han desgarrado Vds. á tirones.

Esténse quietos.

Miren que todos Vds. unidos pueden llevarnos, aunque sea á palos, á donde se les antoje; pero si unos nos empujan al Terso, otros al Alfonso biborbonato, otros al francés y otros al macareno, no vamos á ninguno.

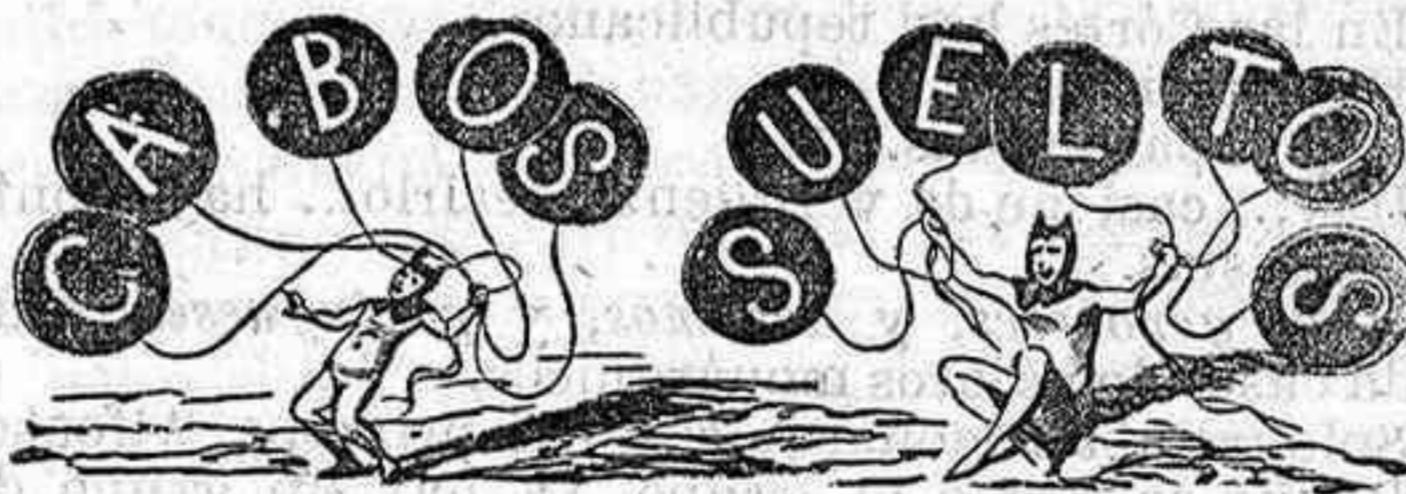
¿No podrían Vds., así como se forma un ministerio, hacer una quisicosa monárquica, con un trono muy ancho, donde se sentaran todos los candidatos? ¿Por qué no probarle? En vez de excluirlos á todos menos uno, no permitir que ninguno quedara excluido: todos los partidos monárquicos cabrían en esa solución; nos sobrarian majestades, y tendríamos un plantel de príncipes reinantes, de tal suerte que podríamos surtir á todos los pueblos viejos.

Vds. se empeñan en salir pronto del paso, y se quejan de los inconvenientes creados por el partido republicano; pues ya no queremos servir más de obstáculo. Ea, ¡muera la federal! ¡Viva cualquiera

monarquía! ¡Vivan todas las dinastías! ¡Viva el coronamiento del edificio! ¡Viva todo lo que ustedes quieran!

Y ahora, ¿vamos á alguna parte?

Roberto Robert.



Un periódico unionista repite ahora lo que hace doce meses escribió *La Iberia*.

El que está autorizado para lo más, lo está tambien para lo menos.

Y es el caso, que esta es la única razon que *El País* encuentra para probar que las Cortes podrán elegir rey.

Verdad es que, aunque única, la razon es bastante mala.

No puede pedirse más.

¿No se prestarían con nosotros los unionistas para impedir el triunfo de D. Carlos Terso?

¿Pues á qué tanto aspaviento de que los carlistas se unan á los federales contra Chiapini-Borbon?

La Correspondencia se lamenta con razon de que se inventen noticias contra la candidatura Montpensier.

Lo imposible es inventarlas en pro.

¡Cosa más rara!

El duque de Montpensier, candidato nacional, único posible, se presenta candidato por Asturias, y en Oriente y en Occidente se unen contra su candidatura progresistas, cimbrios, carlistas, alfonsinos y republicanos.

Pasa algun tiempo.

El duque de Montpensier sigue siendo candidato nacional, único posible, y contra él y en favor del voto particular del Sr. Rojo Arias se unen republicanos, alfonsinos, carlistas, cimbrios y progresistas.

¡Cosa más rara!

España está loca.

Tenia una familia reinante magnífica, liberal, buena por todos conceptos, y la derriba.

Se le ofrece la misma familia, buena, liberal y excelente para ocupar el trono, y no quiere levantarla.

Esto se llama *borbonifobia*.

Ahora empieza el pataleo de los montpensieristas.

Partidarios nosotros de los derechos individuales, prometemos solemnemente no turbarles en el libre ejercicio de su autonomía.

¡Danzad en el aire, hijos! Harto tiempo estuvimos los anti-borbónicos con el alma en un hilo.

Siguen presentándose exposiciones á las Cortes para que sea elegido rey el duque de la Victoria.

Desde que *El País* me ha dicho que el rey es lo accesorio, estoy yo suplicando que se nombre monarca al conocido Angel I.

El no tiene gran estatura; pero para accesorio es bastante.

El Sr. Muro y Goiri, ¡jóven desgraciado! que en la flor de su edad ha caído en el feo pecado de montpensierismo, acaba de publicar un—no sé cómo le llame—un manifiesto muy cortito y muy malito, en defensa de D. Antonio de Borbon.
¡A buena hora!

«España necesita un rey de *estirpe real*, de nobles antecedentes y de grandes cualidades.»

Así comienza el documento á que me refiero. Y ello será verdad que necesitamos ese rey; pero somos muchísimos los que aun no lo habíamos echado de ver.

Y diga Vd., eso de *estirpe real*, ¿quiere decir que la casta de los reyes es de mejores materiales que las otras castas de hombres?

Por lo demás, si en efecto necesitamos un monarca de nobles antecedentes y de grandes cualidades, ¿dónde habíamos de ir á buscarlo? Sin pedir tales gollerías, hace un año que nuestros diplomáticos buscan uno y no lo han encontrado todavía; con que ayúdeme Vd. á sentir.

¡Nobles antecedentes! ¡Grandes cualidades! Pero, señor, si esto es difícil de encontrar en un hombre de bien, ¿cómo quiere Vd. hallarlo en un monarca?

Y añade el manifiesto:

«Apoyan la candidatura del señor duque de Montpensier todos los hombres de orden, que ven en su ilustre persona la experiencia y el valor, la economía y la honradez, cosas todas de que ha carecido el trono español.»

Hombre de orden dijiste, *vade retro*, así se han llamado desde Gonzalez Brabo hasta Orovio.

Que el trono español haya carecido de todas esas cosas, será verdad, porque las gentes que lo han ocupado nada tenían de sensatas; pero ¿quién nos asegura que D. Antonio de Borbon las reúne? Este es el asunto.

Después de afirmar el manifestante que los partidarios de Montpensier son los buenos, y sus enemigos los demagogos y perdidos, concluye con estas palabras:

«Pueblo español, decidete: ó con unos ó con otros.»

No se apure Vd., caballero, no se apure Vd.: el pueblo español ya se ha decidido.
Se va con *los otros*.

✱

Apenas terminada el viérnes la votación que, desconcertando á medio ministerio, devolvía la facultad de respirar al otro medio, sonó en el espacio un terrorífico trueno.

No parecía sino que en el Sinaf de la Cámara iba á surgir Moisés-Orleans y se iba á oír, entre relámpagos, una voz, como de clarines, que dijese: Yo soy el señor tu rey que te sacó de la servidumbre de mi cuñada...

Pero no sucedió nada de esto.
El aplauso dentro de la Cámara y cuatro gotitas de agua fuera, y pare Vd. de contar.

✱

Dice el diputado Figueras que hay candidato que cogería al vuelo la corona.

¡Error! Las coronas no vuelan: se afeitan las de los clérigos, se curan las de los caballos y se caen las de los reyes.

Si el Sr. Figueras hubiese dicho: «candidatos hay que dejarían á su hermano sin cabeza con tal de dejarle sin corona,» habría sido igualmente expresivo y más exacto.

✱

Ya que todavía sea una de las más elevadas distinciones la garambayna del Toison de Oro, no me pesa de que con los príncipes y los representantes de la fuerza bruta comparta ese chirimbolo el Sr. Gomez de la Serna.

No lo digo porque no tenga apasionado su liberalismo, sino porque, al fin, representa el profesorado, la inteligencia, el elemento civil, el derecho y esas cosas que nos gustan á los demagogos.

Por lo demás, yo

«Tampoco un áureo cordero colgar de mi cuello espero; que no soy vano ni loco para hartarme con tan poco. Yo te diré lo que quiero...» etc.

✱

Al dar noticia de los sucesos del domingo, dice *La Iberia*: «La manifestación fué bastante numerosa,» y... nada más.

Todavía me parece demasiado.

✱

Los partidarios de Montpensier son poquitos, eso sí, pero empalagosos.

El lunes asistimos á una comida con que los galantes empresarios de los Campos Elíseos obsequiaron á la prensa.

Fortis se condujo como él sabe hacerlo, obteniendo un justo y unánime voto de gracias.

Todo fué satisfacción.
Pues bien, no faltó quien hablase de Montpensier. ¡Qué falta de urbanidad!
Hablar de eso, sin reparar en que estábamos comiendo.

✱

Sigue *El Tiempo* empeñado en que Isabel de Borbon ocupa el trono.

No hemos de reñir por eso.
Ocupelo muy enhorabuena.
¿A qué hemos de privar al colega de esa inocente satisfacción?

Con reyes, que así ocupan su trono, bien podemos transigir los republicanos.

✱

La nueva empresa de los Campos Elíseos ha entrado con buen pié en sus trabajos.

El domingo acudió á pasear por aquellos jardines medio Madrid.

Aquellos sitios parecían deliciosos.
La compañía de zarzuela gustó mucho; ¿pues no había de gustar?

Solo una cosa amargó tan dulcísima noche; pero ya se vé, esto no puede remediarlo la empresa: asistió al teatro... el duque de Montpensier.

Todavía se ignoran las consecuencias.

✱

De la fonda no hablamos.
Tan espléndidamente sirvió el amigo Fortis á varios caballeros particulares—periodistas de oficio—que nuestros elogios podrían parecer recuerdos de un estómago agradecido.

Pero aseguro á Vds. que es cosa buena.

✱

Y no digo nada cuando principien los bailes de Mabilé.

Yo lo celebraré por el contento que con esto recibían los aficionados, y por los gestos que van á hacer los hipócritas.

El espectáculo será doble, y casi valdrá más el reverso.

✱

Corren malas noticias del cielo.
Los representantes de Dios no se entienden en el Concilio.

Un cardenal nombrado *Shwarzelberg* ha recordado yo no sé qué frase de Benedicto XIII, y fundado en ella ha dirigido á nuestro Santo Padre ¡bendito sea el Señor! unas cuantas verdades.

¡Verdades al Papal! ¡Qué horror!

¡Fíese Vd. después en los cardenales.
Vamos, ¿á qué cardenal se le ocurre decir verdades? Solamente á uno capaz de llamarse *Shwarzelberg*.

✱

Ya hacia falta, sí señor, ya hacia falta.
En las Cortes hay republicanos.
Hay carlistas.
Hay esparteristas.
Hay... casi me da vergüenza decirlo... hay montpensieristas.

Hubo *genoveses*, y *aostinos*, y *portugueses*, y de toda casta de pájaros monárquicos.

Solo faltaban monárquicos del príncipe Alfonso.
Por fin se formó el grupo. Ya hay un grupo de alfonseístas, ya hay partidarios de *Puigmollejo* en las Cortes.

—¿Pero quiénes forman ese grupo?
—Hombre, hasta ahora está Cánovas solo; pero así se empieza.

✱

He dicho mal: á su lado está D. Francisco Silvela. No es, pues, un grupo de uno solo: son uno y pico.

✱

España ha padecido bajo la monarquía tradicional, bajo la monarquía absoluta, bajo la monarquía con Estatuto, bajo la monarquía constitucional conservadora, bajo la monarquía constitucional resistente, bajo la monarquía constitucional expansiva, bajo la monarquía con reina gobernadora, bajo la monarquía con regente... ¡y sin embargo, dale en que ha de ser monarquía!

Vamos... con franqueza, sin empacho: ¿no podríamos probar un poquito de esa república federal tan calumniada y que todavía ningún daño nos ha hecho?

✱

¡Ahora chillan los *conservadores* contra las estrechas relaciones del gobierno actual con el soberano de Francia!

¡Bah! Cuando se casó á una princesa española con el hijo del soberano de Francia, que se llamaba Luis Felipe, ¿fué para librarnos de su influencia?

¡Cuando digo que te adoro!...

✱

¡Qué divididos andan los republicanos!
Son más de cuarenta en la Cámara, y con tan gran mayoría no consiguen hacer que se vote la república!

Para modelo de unión, los monárquicos; esos sí que dan gusto de ver. Apenas se insinúa un candidato cualquiera, como por encanto se forma una gran mayoría... en contra.

✱

La Epoca opina que la ley de elección de monarca no se discutirá este verano.

Casi creo lo mismo que *La Epoca*.
¡Por fin, en algo habíamos de estar conformes!

✱

Los montpensieristas de Barcelona dicen que la *divina Providencia* protege la candidatura de don Antonio.

Los esparteristas también traen al retortero á la *Providencia divina* para socorrer al duque de la Victoria.

Unos y otros creen tener á la *Providencia* en su favor.

A todo esto la *Providencia* calla.
Fíese Vd. en la *Providencia*.

✱

Ya se han destacado los noticieros que han de propagar rumores alarmantes acerca de la manifestación del domingo.

Si no fueran tontos, capaces serían de hacer daño. Pero quíá, ni aun para eso sirven.

✱

Las Novedades dice que los alfonseístas aun no son temibles; pero que lo serán, si no se nombra rey al consabido.

Así, así, no hay que desperdiciar ripio.
¡Qué lástima de esfuerzos! ¡Y pensar que será inútil todo!

✱

Continúa la armonía más envidiable entre los progresistas y los cimbríos.

La Nación, *El Universal* y hasta *El Imparcial* se ensañan contra *La Iberia*, empeñados en arrancar declaraciones explícitas al antiguo diario progresista.

Y se las piden porque saben que no puede darlas.
¡Divertida situación!

Yo, casi, casi, preferiría—Dios me lo perdone—la posición despejada de *Las Novedades*: defiende á Montpensier por algunos miles... de razones que para ello tendrá, y Cristo con todos.

✱

La Correspondencia dijo que á la manifestación esparterista del domingo asistirían muchos moderados, sabiendo que iba á tener carácter anti-montpensierista.

El Eco de España contesta que los moderados no descienden á esas pequeñeces.

Bah ¡pero el que los moderados podrían descender aun!

¿A dónde iban á parar entonces?

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Calavera*.

CHARADA.

Prima y segunda
tendremos todos,
que han de mandarnos
unos ú otros.

En *tercia* y *cuarta*
líquidos tomo.
Canto con *quinta*
en aria ó coro.

Estará el Terzo
como mi *todo*.
La culpa tiene
por ser un bolo.

(La solución en el número próximo.)

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.